

## Prólogo

*Letras en la astrología* nació de mi atracción, llena de placer y respeto, por la literatura y la astrología. Artes y disciplinas, ambas nos permiten entendernos mejor y apropiarnos del mundo con nuestra imaginación.

La astrología es un fenómeno cultural que viene desde Mesopotamia. En esa época se inventó la escritura. La primera obra literaria conocida, *La epopeya de Gilgamesh*, nos describe la visita del personaje del mismo nombre al mundo de los muertos, donde va a buscar a su amigo Enkidu. ¿Existe el mundo de los muertos? No lo sabemos. Pero sí existe como realidad cultural, como parte de un universo simbólico. En el espacio de ese universo simbólico habitan los personajes literarios, así como la simbología de los planetas y de los signos...

*Letras en la astrología* no se propone demostrar nada. No es el libro de un predicador ni de un fanático. Tampoco el de un crítico literario; sí de un ensayista, en el sentido de Montaigne, quien, al escribir, dibuja su propio rostro... En todo caso, pretende ser una propuesta lúdica, un puente imaginario entre dos formas

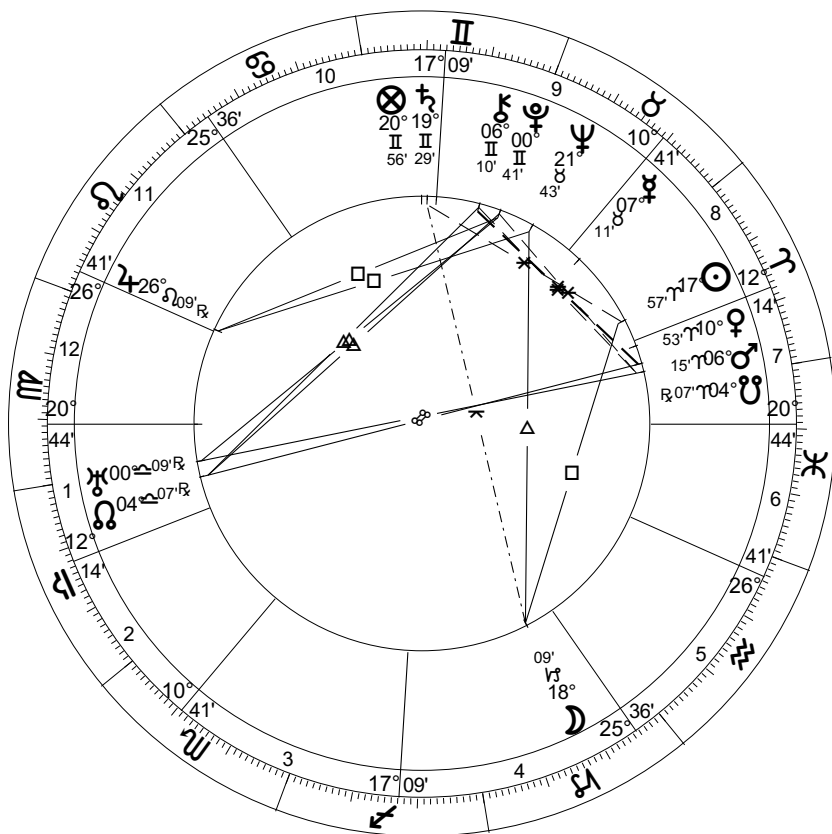
de conocimiento, dos formas de poesía, dos canales de comunicación espiritual...

El gran astrólogo y astrónomo Ptolomeo, que vivió en el siglo II de nuestra era, escribió: “Yo que paso y muero, ¡las contemplo, estrellas! / La tierra no oprime más al niño que ha sostenido / De pie, cerca de los dioses, en la noche de cien velos / Me uno, ínfimo, a esta inmensidad; / Gozando, al verlas, mi parte de eternidad”. Dieciocho siglos después, Octavio Paz escribió: “Soy hombre / Duro poco / Y es enorme la noche. / Pero miro hacia arriba / Las estrellas escriben / Sin entender, comprendo / También soy escritura / Y en este mismo instante / Alguien / me deletrea”. Con el espíritu de este puente entre el astrólogo y el poeta, entre el observador de las estrellas y el artista, presento *Letras en la astrología*.

En este libro el lector encontrará un relato sobre un escritor de cada signo del Zodiaco, construido a partir de la combinación de su carta astral, su biografía y el análisis de su obra literaria. La selección de los autores es subjetiva y obedece a mis gustos y preferencias personales. Escogí a novelistas, para concentrarme en un género que me atrae desde siempre.

Invito a los lectores de *Letras en la astrología* a dejarse llevar por un viaje imaginario, teniendo como guía a Lawrence Durrell (Piscis), quien en *El cuarteto de Alejandría* afirmó: “No escribo para aquellos que jamás se han preguntado dónde comienza la vida real...”

# Karen Dinesen, la baronesa Blixen (Aries)



Carta astral  
7 de abril de 1885  
4:00 pm, hora local media -0:50:12  
Rungsted, Dinamarca  
55° 53' N 012° 33' E  
Geocéntrica  
Tropical  
Placidus  
Nodo medio



“Yo tenía una granja en África, al pie de las colinas de Ngong. El Ecuador atravesaba aquellas tierras altas a un centenar de millas al norte, y la granja se asentaba a una altura de unos seis mil pies. Las panorámicas eran inmensamente vacías. Todo lo que se veía estaba hecho para la grandeza y la libertad y poseía una inigualable nobleza”, nos relata en *Lejos de África* la baronesa Blixen, quien con el seudónimo de Isak Dinesen creó algunas de las páginas más hermosas de la literatura del siglo xx. Su obra logró el contacto con un auditorio muy amplio a través de dos películas, *África mía*, protagonizada por Robert Redford y Meryl Streep, y *El festín de Babette*, la película danesa de Gabriel Axel, con Stephane Audran en el papel de Babette.

La baronesa Blixen nació en Dinamarca, se casó con su primo Bror, se fue a África, donde vivió de 1914 a 1931, regresó a su patria habiendo perdido todo, se dedicó a escribir porque no sabía hacer nada mejor, y se convirtió en una de las mejores contadoras de cuentos de la historia de la literatura. Escribió *Lejos de África*, *Cuentos de invierno*, *Siete cuentos góticos*, *Anécdotas del des-*

*tino* y *Últimos cuentos*. Poco a poco se fue convirtiendo en uno de los atractivos, aristócratas y excéntricos personajes de sus relatos. Al final de su vida era una anciana que casi no comía y no pesaba más de 35 kilos, era admirada en todo el mundo y estuvo a punto de ganar el Premio Nobel de Literatura.

Karen Blixen nació el 17 de abril de 1885 en Rungsted, Dinamarca, a las 4 de la tarde. Tenía el Sol en Aries en la casa VIII. ¿Cómo son los Aries, en particular las mujeres Aries? Aries es un signo de fuego, regido por Marte; es también el primer signo del Zodiaco. Los nativos de este signo son impetuosos, apasionados, y tienen alma de pioneros; siempre son los primeros en aventurarse a lo desconocido, pero no se caracterizan por ser consistentes. La energía de Aries se expresa en términos marciales: toman lo que desean cual conquistadores; les gusta defender sus posesiones y lo que creen justo. No temen al conflicto, sino que convierten los retos en su manera personal de enfrentar al mundo. Quizá no haya mejor ejemplo de una mujer Aries que Juana de Arco, la heroína nacional francesa. En México, María Félix es también un buen ejemplo de las energías de Aries encarnadas en una mujer.

Karen Dinesen fue siempre una luchadora y terminó siendo una sobreviviente. Era el producto de la unión de dos familias, una muy conservadora, del lado de la madre, y la otra excéntrica, amante de la vida y de la libertad, por el lado del padre. Su abuelo Adolf Wilhelm recorrió Milán y Roma en compañía de su compatriota Hans Christian Andersen, quien todavía no se había hecho famoso por sus cuentos. Pero después se suicidó, al igual que lo haría su hijo, el padre de la es-

critora, muchos años después, los dos atacados por una “violenta y misteriosa falta de felicidad”, como afirma Judith Thurman, en la extraordinaria biografía *Isak Dinesen: The Life of a Storyteller*. Quizá la diferencia entre Karen y su padre y abuelo es que, aunque ella pasó también por periodos de depresión, sabía que era una artista y decidió convertirse en Scherezada y transmitir su alegría y su tristeza en cuentos formidables. Pero no adelantemos.

Cuando tenía 13 años escribió su primera obra de teatro, que ella misma representó, obra en la que hacía el papel de una vieja sabia y bruja. No deja de ser curioso que así la veían los demás al final de sus días. A partir del suicidio de su padre, la familia se reagrupó alrededor de la madre. Después de años de reclusión familiar, pasó algún tiempo en Europa, donde se convirtió en una mujer refinada, exquisita y quizá demasiado aristocrática. Más adelante, quizá para abandonar el tedio de la vida en Dinamarca, decidió casarse con el barón Bror Blixen, el hermano gemelo del hombre al que amaba, e irse a vivir a África con él a plantar café en Kenia, a una altura donde nadie pensaba que esas plantas florecerían. Pero para los Aries la vida está llena de retos.

En África ella encontraría algunos de los seres humanos más importantes de su vida: hombres, mujeres y niños sabios y sensibles que cambiarían su visión del mundo y la convertirían en una mujer compasiva ante la grandeza y las miserias, ante el sufrimiento y la belleza, ante el amor y la soledad; en una mujer dispuesta a luchar contra el colonialismo y en favor de los somalíes y de los kikuyus, un ser humano con el talento para poner todo eso por escrito y legarlo a la posteridad.

África representó para la baronesa Blixen un increíble crecimiento de su perspectiva de la vida, pero no recibió ese conocimiento gratuitamente: lo tuvo que ganar. Primero entregó su corazón y los dones de su inteligencia a quienes eran los símbolos de África, sus representantes. Un día Farah, su sirviente, le dijo: “Confía en nosotros y te protegeremos”. Era como si se lo dijera en nombre del continente entero. Poco a poco, bajo la influencia de él, de Kamante y de otros sirvientes y amigos africanos, Karen comenzó a ver a las mujeres blancas que vivían en Kenia como bastante más salvajes que las mujeres nativas, y a los africanos como personas más civilizadas que los europeos. Ellos también aprendieron a conocerla y se dieron cuenta de que tenía algo diferente. La llamaron “Jerie”, un título honorífico de los kikuyus que quiere decir: “La que presta atención”.

Karen Dinesen tenía a Urano en la Casa I a 10° del ascendente. Este planeta es un símbolo de la libertad, lo inesperado y la lucha contra el conformismo y las estructuras. La configuración de este planeta en su carta nos habla de una persona para quien la libertad y el no someterse a los deseos de los demás es una necesidad. Así fue su vida. No aceptó quedarse en Dinamarca y ser sólo la esposa de alguien. Mejor se fue a vivir a África, pero no quiso depender emocionalmente de su marido, que era irresponsable y mujeriego. Lo volvió entonces su amigo y mientras tanto se enamoró de Denis Finch Hatton. Cuando era evidente que la granja estaba en quiebra —aunque nunca aceptó la pérdida—, regresó a Dinamarca porque no tenía dinero y los acreedores se habían apoderado de su propiedad. Aparentemente derrotada, decidió que no quería ser una don nadie y

acabó erigiéndose en una de las figuras más importantes de la literatura del siglo xx.

La baronesa tenía a Urano en trígono exacto con Plutón, que está en la casa ix. Esta casa, para la astrología, entre otras cosas representa lo extranjero y las publicaciones. Pocos ejemplos podemos encontrar más claros de este aspecto que la vida de Karen, en la que la atracción por lo extranjero, por lo que no formaba parte de la vida en Dinamarca, se convirtió en su impulso vital y su manera de aprehender el mundo. Fue así quizá porque lo extranjero representó para ella, precisamente, la puerta de entrada a su propio ser de otros valores, más profundos y humanos. Todo esto nos lo mostró en su novela *Out of Africa*.

*Lejos de África* es el descubrimiento de un continente, la confirmación del talento de la baronesa para la literatura y la historia de un amor. A lo largo del relato, somos testigos de la profunda fascinación y el respeto de la autora por las diferentes etnias que coexistían en la granja, y del aprendizaje que recibió de ellas:

Llegaron los árabes fríos y sensuales, que despreciaban la muerte, cuyas mentes, cuando no se ocupaban de los negocios, se dedicaban a la astronomía, el álgebra y sus harenes. Con ellos vinieron sus nuevos mediohermanos ilegítimos, los somalíes —impetuosos, pendencieros, abstemios y avaros, celosos mahometanos para compensar su bajo nacimiento y más fieles a los mandamientos del profeta que los hijos ilegítimos—. Con ellos venían los swaheli, esclavos y de corazón esclavo, crueles, obscenos, ladrones, llenos de sentido común y bufones, proclives a engordar con los años.

Se encontraron los pájaros de presa nativos de las tierras altas. Llegaron los masai, silenciosos como altas y estrechas sombras negras, con lanzas y pesados escudos, recelosos hacia los extranjeros, con las manos pintadas de rojo.

La convivencia diaria de la baronesa con África, su profundo valor para enfrentar las adversidades, su talento y su gran intuición, convirtieron una aventura comercial con su esposo Bror Blixen en una experiencia vital de enorme riqueza, en la que Karen aprendió a leer las señales que nos ofrece la vida, como si fueran un libro abierto:

Todo esto, pensaba, no puede ser una coincidencia de circunstancias, sino que debe tener un fundamento. Si lo encontraba, me salvaría. Si buscaba donde debía, reflexioné, la coherencia de las cosas se me aclararía. Pensaba que debía levantarme y buscar una señal. Mucha gente cree que no es razonable buscar una señal. Se debe a que para hacerlo hay que estar en un determinado estado de espíritu y mucha gente nunca lo logra. Si en esa disposición de ánimo pides una señal, no puede fallar la respuesta, se produce como consecuencia natural de una petición.

Con esa intuición, acabó por ganarse el respeto de los demás. Los somalíes la llamaban en swahili “Arda Volaja”: “la grande, la sabia”.

Karen Dinesen abrevó en su paso por África en las fuentes de la magia del relato oral, que es el origen y la raíz de la verdadera escritura:

Las costumbres han cambiado y el arte de escuchar un relato se ha perdido en Europa. Los nativos de África, que no saben leer, lo siguen teniendo; si empiezas a contarles: “Una vez un hombre caminaba por las praderas y se encontró con otro hombre”, estarán pendientes de ti, sus mentes seguirán a los dos hombres de la pradera por sus sendas desconocidas. Pero los blancos, aunque piensen que deben hacerlo, son incapaces de escuchar un relato. Si no se ponen intranquilos y recuerdan cosas que deberían estar haciendo, se quedan dormidos. Esa misma gente te puede pedir algo para leer y se pueden quedar absortos durante toda una noche con cualquier cosa impresa que les des, hasta un discurso. Están acostumbrados a recibir sus impresiones a través de los ojos.

La baronesa aprendió muy bien esa lección, atrayendo a sus lectores con la magia de sus relatos, en los que todo es posible, sabedora, como las viejas mujeres kikuyus, que “siempre podría ocurrir algo que lo cambiara todo porque, al fin y al cabo, el mundo no era un lugar regular o previsible“. Pero su sabiduría no sólo se la debe a los africanos. Su gran amigo Berkeley Cole, cazador también y enfermo del corazón, era asimismo sabio y quiso hacer de cada momento de su vida “un perfecto trabajo artístico“. Lo logró y le enseñó a Karen a no ensuciar su vida con nada que no fuera la búsqueda de lo sublime... Kamante fue también uno de sus grandes maestros. Poseía la grandeza de alma de aquel que se sabe diferente del mundo.

Como afirma Thurman, los personajes de la baronesa simbolizan el heroísmo del soñador, del excéntrico, del perverso, de aquellos que han sido plantados

en la vida con raíces torcidas y que nunca se desarrollan o dan fruto, pero que “parecen florecer de manera más rica que los demás”. Así pasó con esta mujer extraordinaria, que un día decidió que nada la apartaría de la misión que se había propuesto alcanzar: convertirse en una sabia “contadora de historias”. Se convirtió entonces en la heroína Aries, la que era capaz de enfrentarse con los leones en África y volar a bordo de un aeroplano sobre las colinas del Ngong. El domingo 21 de agosto de 1930 le escribió a su madre:

Por mi parte, he vivido dos de los días más hermosos de mi vida, porque Denys llegó el jueves y se quedó hasta ayer. Ejerce sobre mí un efecto mágico: jamás he conocido tal sentimiento de felicidad como en su compañía; es como si me aportara aire y luz después de un largo confinamiento entre cuatro paredes. Ayer subí con él a su aeroplano y dudo que pueda existir para mí una felicidad más grande que volar con él por encima de Ngong. Permanecemos una hora en el aire, por encima de la cresta de las colinas, y a ciertos momentos casi a ras del suelo, de manera que pudimos ver las impalas y las cebras y, otras veces, estuvimos a dos mil pies por encima de las cumbres.

Sin embargo, un día tuvo que abandonar África. Lo haría después del accidente en que el hombre que amaba murió en esa misma avioneta. Poco antes de abandonar todo, hace un recuento:

Un vasto universo de poesía se abrió ante mí y me permitió penetrar en él, y yo le he dado mi corazón. He sumergido mi mirada en la de los leones y he dormido

bajo la Cruz del Sur, he visto grandes llanuras bajo las llamas y he pisado la hierba verde y tierna después de llover, he sido amiga de los somalíes, de los kikuyus y de los masai; he volado por encima de las colinas del Ngong, y mi casa ha sido una suerte de refugio para los viajeros y los enfermos, y para los negros ha sido el centro de un *espíritu amigo*.

El 14 de mayo de 1931, a bordo de lo que los nativos llamaban “el pájaro de Bédar”, un De Havilland Gypsy Moth comprado en 1929 y matriculado G-ABAK, Denys Finch Hatton, el gran amor de Karen, piloto de la fuerza aérea británica, nacido el 24 de abril de 1887, se estrelló cerca de Voi y murió en el impacto; fue enterrado al día siguiente en las colinas del Ngong. Para el 19 de agosto, Thomas Dinesen, hermano de la baronesa, recibió a su querida Tanne —como le decía su familia cariñosamente— en el puerto de Marsella y para el 31 de agosto ella se instaló de nuevo en la casa de su madre, en Rungstedlund, Dinamarca, desde donde se dedicaría a escribir su hermosa y profunda obra literaria.

Karen era guerrera, atrevida, impetuosa, dispuesta a dar y a recibir. Con su ascendente Virgo, proyectaba la imagen de alguien perfeccionista, de una belleza digna. Tenía la Luna en Capricornio. Si el Sol nos habla de la identidad de una persona, la Luna nos da información acerca de su alma, de qué siente y qué la nutre. Sobre la Luna en este signo, Howard Sasportas nos dice: “Bastantes personas con la Luna en Capricornio tienen dificultad para relajarse, aflojarse o divertirse. Les gusta ser productivas y suelen ser ambiciosas, de modo que es probable que utilicen las situaciones sociales para mo-

tivos ulteriores, como alcanzar un objetivo que desean o salir adelante en la vida”. En algún momento de su vida Karen Blixen se propuso ser una gran contadora de historias y utilizó todo lo que vivió para lograrlo. Una muestra es su extraordinario relato “El festín de Babette”, que nos muestra cómo, a través de los placeres culinarios, es posible restablecer la armonía y la belleza. Veamos...

En el fiordo de Berlewaag, Martine y Philippa, las dos hijas de un pastor —llamadas así por Martín Lutero y Philippe Melanchton—, acompañan a su padre hasta la muerte de éste y nunca se casan. De jóvenes las dos tuvieron, sin embargo, una aventura amorosa. El joven Lorenz Lowenhielm, dedicado al juego y la parranda, fue castigado por su padre, quien lo envió con su tía al lejano fiordo, con el fin de que sentara cabeza. Lorenz se enamora, aunque sabe que su amor es imposible. Por lo tanto, se va, no sin antes decirle a Martina: “He aprendido que la suerte es cruel, y que en este mundo hay cosas imposibles”. Por su parte, Philippa, dueña de una voz maravillosa, es descubierta por Achille Papin, cantante de ópera, quien se enamora de ella, comienza a darle clases con la autorización del padre, y llevado por su entusiasmo al cantar a dúo el *Don Juan* de Mozart, la besa, provocando que ella decida abandonar las clases.

Los años pasan. Philippe y Martine son ya dos solteronas, entradas en años. Un día llega una mujer, Babette, con una carta de Achille Papin, donde les informa que la portadora de la misiva ha perdido a su familia y a sus bienes durante la revuelta parisina, y les pide su caridad para darle un techo. Las hermanas le dicen a Babette que son pobres y no la pueden recibir,

menos aún pagar sus servicios. Ella responde que está dispuesta a trabajar gratis, con tal de que le permitan vivir a su lado. Las hermanas aceptan. Así pasan más de diez años, en los que Babette prepara la sopa de pan que las caritativas hermanas ofrecen a los pobres.

Tradicionalmente Babette acostumbraba comprar, por medio de su sobrino que vivía en París, un billete de lotería. Un día le avisan que ha ganado el premio mayor: ¡diez mil francos! Las hermanas se dan cuenta con tristeza de que ella regresará a París, porque con ese dinero no trabajará nunca más para ellas. Babette les pide que le permitan hacer una cena francesa en memoria del pastor, con motivo de su aniversario. Las hermanas aceptan con reticencia. Los preparativos comienzan.

El festín de Babette es maravilloso, y a él asiste el ahora general Lorenz Lowenheilm, quien ha triunfado y conoce el gran mundo, y sabe que en el café Anglais había una cocinera que “no hacía distinción entre el apetito físico y el apetito espiritual”. Para su sorpresa, el menú de la humilde casa de las hijas del pastor es sopa de tortuga, *blinis Demidoff*, codornices *au sarcophage*, *champagne* y vinos selectos, así como el mejor amontillado que el general ha probado en su vida. Al final, conmovido, le dice a las hermanas: “La gracia no nos impone condiciones ni distingue a alguno de nosotros en particular. Aquello que hemos elegido nos es concedido, y aquello que rechazamos también nos es concedido”. Al despedirse, el general le dice a Martina lo contrario de lo que le dijo treinta años antes al despedirse: “Esta noche he aprendido que en este mundo todo es posible”.

Durante la cena, cada uno de los invitados recibió el milagro de la gracia. “Ellos veían en ese milagro la

realización de sus propias esperanzas. Las vanas ilusiones se habían disipado frente a sus ojos como el humo, y en ese momento se encontraban frente a frente con el verdadero rostro del mundo. Vivían una hora de la Eternidad”. Al final de la cena, cuando las dos hermanas van con Babette para darle las gracias y decirle cuánto lamentan que regrese a París, ella les dice que no puede regresar porque ya no tiene dinero, ya que la cena le ha costado los diez mil francos que ganó en la lotería. Cuando le dicen que se ha quedado pobre, ella responde: “¿Pobre? No. Jamás seré pobre. Ya se los dije, soy una gran artista. Un gran artista jamás es pobre. Nos ha sido dado un tesoro, del que las otras gentes no saben nada”.

La baronesa Blixen tenía a Venus y a Marte en Aries, lo que refuerza lo que ya vimos en relación con su Sol natal, y nos reafirma esta imagen de la mujer guerrero, de la heroína que toma la iniciativa, que no le tiene miedo a nada. Ella supo vivir una vida original y dejarnos una obra literaria de excepcional belleza. Como ella decía: “Es duro para la gente desear ciertas cosas que no puede obtener. Sin embargo, también es duro obtener lo que se desea”.

Quiero recordar ahora otra de sus historias. En su libro *Cuentos de invierno* aparece el relato “Cuento del joven marinero”, que nos narra cómo un pequeño marinero, llamado Simón, a bordo de la bricbarca *Charlotte*, vio cómo un halcón peregrino quedaba atrapado en el mástil, entre las cuerdas. El muchacho sube y con su navaja lo libera, no sin antes recibir un picotazo en el pulgar. Los años pasan, el muchacho se vuelve hombre, y un día en un puerto conoce a Nora, una niña de ca-